

se vieron envueltos cuatro de los representantes más notorios del 27: Aleixandre, Guillén, Cernuda y Salinas. La historia de este conflicto quizá no sea muy conocida en la España de hoy. Todo comenzó por un texto de Juan Ramón Jiménez incluido en una serie de prosas reunidas bajo el título general de *Crítica paralela*. En dicho texto se ataca de manera soez a Aleixandre y se encajan sendos puyazos a los tres restantes. Lezama, sin contar con la anuencia del otro editor, José Rodríguez Feo —que a la sazón estaba en España—, publicó en *Orígenes* (N.º 34, 1953) la diatriba juanramoniana porque, según le argumentó a Rodríguez Feo, «no podía rechazar una colaboración de su amigo y maestro, sea cual fuese su contenido». En una ocasión en que hablamos de este asunto, Lezama me dijo que él no quiso cargar con la responsabilidad histórica de censurar a un poeta de la talla de Jiménez, aun considerando que era excesiva la réplica de éste a lo dicho por Aleixandre sobre su poesía. Rodríguez Feo ha escrito al respecto lo siguiente: «Le dije (a Lezama) que comprendía el dilema en que se había encontrado, y que sólo le pedía por favor que insertase (en el N.º 35) una nota aclarando que el texto se había publicado sin mi conocimiento por encontrarme fuera de Cuba. Nunca pensé que era una enormidad lo que pretendía, y le dije que estaba seguro de que la nota no afectaría en lo más mínimo su amistad con Juan Ramón Jiménez y salvaría mi responsabilidad ante mis amigos. Lezama se negó rotundamente a complacerme y entonces le dije que no me quedaba otra alternativa que hacer el próximo número sin su participación». A partir de la ruptura, comenzaron a salir dos *Orígenes*: la de Rodríguez Feo y la de Lezama. Pero duraron poco. Lezama no pudo costear por mucho tiempo la suya, ni con la ayuda esforzada de otros miembros del grupo, y Rodríguez Feo se dio pronto a hacer una nueva revista con Virgilio Piñera: la agresiva *Ciclón*. En el número de enero-marzo de 1957 de *Ciclón* apareció el poema de Jorge Guillén *Aire con época*.

Cerremos este tema con la opinión de Jorge Guillén, expresada en una misiva de fecha 9 de diciembre de 1954, enviada al poeta y crítico cubano Cintio Vitier, amigo de Lezama y colaborador cercano de *Orígenes*. Esta carta de Guillén la copio de la revista italiana *Strumenti Critici* (enero de 1988), donde la publicó por primera vez el poeta, investigador y profesor español Pablo Luis Ávila. Es como sigue:

W. 9.12.54. Mi querido Cintio Vitier: ...Seamos claros y breves. Usted me asegura que ustedes [Lezama y sus colaboradores] han procedido de buena fe conforme a un criterio que les parece justo. Yo así lo creo. No pongo en entredicho su «intención». Por eso no «me enfado». ¿Qué más quésie (sic) el sembrador de discordias? (Me refiero al demonio). Ahora bien... El señor Rodríguez Feo piensa que aquellas páginas de J.R.J. no debían figurar en *Orígenes*. Este es el criterio que yo estimo justo. Un director de revista no debe permanecer neutral, pasivo, irresponsable en ninguna ocasión; y

no otra cosa nos muestra la vida literaria del mundo entero. Lo más frecuente es que los directores intervengan demasiado —hasta en el estilo de los colaboradores... Yo tengo que agradecer, y mucho, al señor Rodríguez Feo que haya manifestado públicamente su insolidaridad con aquellos textos, de tan evidente bajeza, sobre todo en los insultos a la persona física de un ilustre contemporáneo (Aleixandre). (Nada semejante había sucedido desde los tiempos de Juan Ruiz de Alarcón).

Deploro que todo ello haya originado un cisma. En ese incidente yo no podría ser actor. Ni sé nada de esa historia ni me concierne. Cualquier intervención equivaldría en mi caso a una intrusión.

¿Está claro? Disiento del punto de vista en que usted y sus amigos se colocan, pero no dudo de la buena fe que ha inspirado su conducta. Salude a Lezama Lima, y dígame que no creo en la «ética estética».

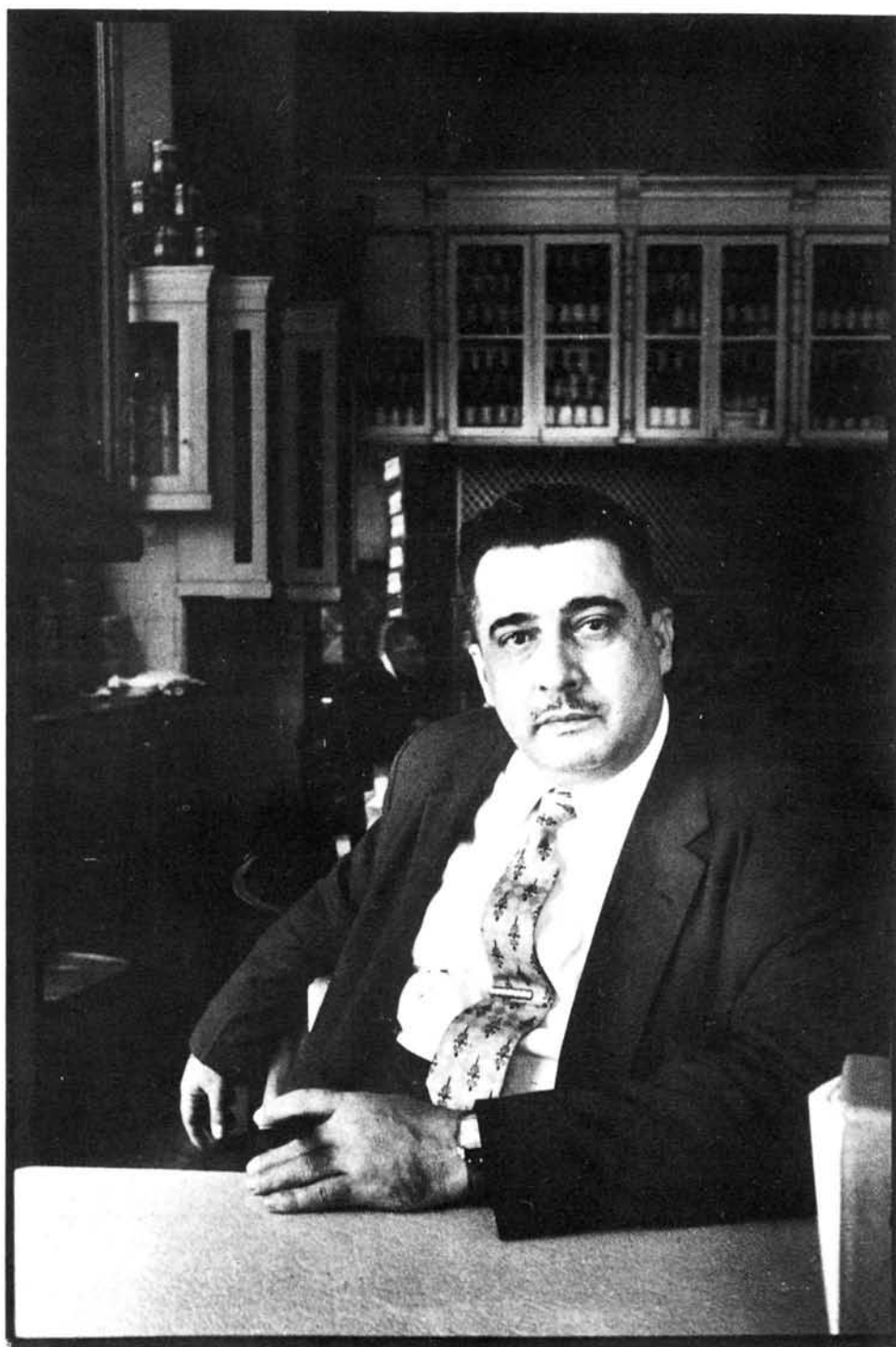
Mis respetos a su señora [la poetisa Fina García Marruz], y para usted un abrazo de su amigo y admirador

Jorge Guillén

El intercambio epistolar jugó un papel importantísimo en las relaciones de los escritores del 27 con sus contemporáneos hispanoamericanos. Las cartas cruzadas entre unos y otros —he visto unas cuantas— constituyen documentos de inapreciable valor para conocer la intensidad intelectual y afectiva de esas relaciones, e inclusive la intimidad de ciertos hechos que han incidido en la actividad literaria.

Recientemente tuve en las manos diecisiete cartas remitidas por Vicente Aleixandre a La Habana: doce a Cintio Vitier, las cuales cubren un período de veinte años (de 1949 a 1969); dos al poeta y narrador César López, quien vivió bastante tiempo en Madrid y mantuvo estrecha amistad con Aleixandre; y tres al poeta y ensayista Roberto Fernández Retamar, hoy presidente de la Casa de las Américas. En una de éstas últimas, el autor de *Historia del corazón* se asombra del «hervor de poesía» que descubre en la isla a través del libro de Fernández Retamar *La poesía contemporánea en Cuba (1927-1953)*, que éste le había enviado.

En esos documentos queda al descubierto que el retirado habitante de Velintonia 3 se sentía vivamente atraído por los poetas cubanos, muchos de los cuales —los jóvenes y jovencísimos de entonces— se acercaron a él en Madrid o le escribieron y enviaron sus libros. En una de las cartas remitidas a Vitier, la de fecha 22 de marzo de 1950 —en la que califica a Lezama de «vasto agitador del espíritu más fecundo en la nueva poesía»—, Aleixandre dice: «Viendo esta obra (se refiere a la antología *Diez poetas cubanos*, debida a Vitier) y repasando la colección de la revista *Orígenes*, que Rodríguez Feo me ha mandado en gran parte, ve uno el valor ejemplar que en el ámbito total tiene la poesía cubana, la fuerza, el fuego espiritual que da sentido a ese admirable grupo de poetas, cuya vitalidad y alcance son ejemplares...». Más adelante agrega: «Me gustaría estar entre ustedes, charlar ampliamente, conocer a Lezama (a quien he escrito aparte), a Gaztelu, a Virgilio, a Rodríguez Santos, a Baquero (cuyo poema «Pala-



José Lezama Lima
(Foto: Jesse Fernández)

bras escritas en la arena por un inocente» es uno de mis favoritos); y luego a los más jóvenes, Eliseo, Octavio Smith, Fina. /.../ ¡Cuánto me gustaría hablar con Vd. de su propia poesía! He escrito a Rodríguez Feo, que me ha pedido un poema, y se lo he mandado. Sea mi colaboración en la revista como una visita a Cuba, y en ella a ese hogar de fuego espiritual que es la obra de Uds. y su centro *Orígenes*».

En otra carta, de junio de 1959, dirigida también a Cintio Vitier, Aleixandre expresa: «La poesía cubana es para mí atracción fuerte, desvelo y placer, y usted y Fina se me adelantan siempre en la imagen de una Cuba lírica especulativa».

En las relaciones de la generación del 27 con Hispanoamérica hay —ya lo hemos visto— un antes, un antecedente; y también hay un después, una consecuencia. Por ejemplo, los poetas cubanos de mi generación —la llamada «del 50»— podemos repetir, respecto de la poesía española del 27, lo dicho por Aleixandre en relación con la cubana, esto es: la poesía del 27 ha sido y es para nosotros «atracción fuerte, desvelo y placer». Lo cierto es que nos iniciamos en la hechicería del verso guiados, entre otros, por Lorca, Hernández, Alberti, Cernuda, Aleixandre, Alonso, Guillén. Unos más, otros menos, según el caso, ellos gravitan en cada uno de nosotros. Quien haga una lectura detenida de la poesía de mi generación percibirá la presencia, descubierta o solapada, de algunas de las voces del 27 español. No será difícil ver, digamos, en zonas de mi poesía, la silueta furtiva del último Miguel Hernández y de cierto Alberti, o la de Dámaso Alonso de *Hijos de la ira*. Hay ángulos en la poesía de César López donde asoman Aleixandre y también Alonso. Cernuda y Guillén se sienten en la escritura de otros. Para Pablo Armando Fernández, adolescente en Nueva York, con la lengua materna medio estragada por el inglés, el *Cántico* de Jorge Guillén, leído en la edición mexicana de 1945, fue «sorpresa, hechizo». Pablo Armando ha testimoniado: «Guillén me devolvía a la luz distante de la intemperie cubana, a la penumbra íntima de los interiores que alojaron mi infancia...».

Es incalculable, me parece, lo que queda por saber acerca de las relaciones del 27 con el mundo hispanoamericano. El tema, como dije al principio, es caudaloso, y pide todavía bastante investigación.

Por lo pronto, termino estas notas panorámicas, de sencillo acercamiento, invocando, para que también auspicie hoy las relaciones entre españoles e hispanoamericanos, el espíritu de comunión en lo bello y en lo justo que iluminó el contacto entre los sentidores y pensadores del 27 con sus contemporáneos de allá, de la que Lorca llamó «la América con raíces».

Manuel Díaz Martínez